

La política española desde la perspectiva del *London Times*: 1930-36*

DARRIN M. McMAHON**

Tendrá el inglés o el americano todo el derecho que quiera a opinar sobre lo que ha pasado y debe pasar en España, pero ese derecho es una *iniuria* si no se acepta una obligación correspondiente: la de estar bien informado sobre la realidad de la guerra civil española, cuyo primero y mas sustancial capítulo es su origen, las causas que la han producido.

José Ortega y Gasset, «En cuanto al pacifismo»¹

En julio de 1938 José Ortega y Gasset publica una adaptación de su breve ensayo titulado «En cuanto al pacifismo» en la revista de reseñas inglesa, *The Nineteenth Century*. En su versión anglo-sajona, el ensayo constituía una crítica a la práctica política del pacifismo y a la vez desarrollaba el tema de las distorsiones y perversiones que acompañan la opinión pública del exterior. De paso, Ortega señalaría como nítido ejemplo el caso de la guerra civil española, observando que en el mundo moderno dicha opinión pública podría manifestarse como una fuerza activa e incursonaría en las acciones de países soberanos como España. La manera por la cual algunos grupos e individuos con cierta influencia en Europa pusieron en tela de juicio un evento tan excesivamente complejo como la

* Traducido por GEORGE ABDELNOUR.

** DARRIN M. McMAHON es candidato para el doctorado en historia moderna europea en la universidad de Yale. GEORGE A. ABDELNOUR prepara su doctorado de la misma universidad en literatura. El autor expresa su agradecimiento a Frank M. Turner y Juan Linz por sus invaluable críticas y apoyo, y a George Abdelnour por su generosidad en la traducción de este manuscrito y su asistencia editorial.

¹ JOSÉ ORTEGA Y GASSET, «En cuanto al pacifismo», en *Obras Completas* (Madrid, 1983), Vol. IV, págs. 304-5. El ensayo fue escrito en el exilio parisiano en diciembre de 1937 y publicado en inglés por primera vez en la revista *The Nineteenth Century*, traducido por el catedrático A. PASTOR, 124 (1938): 20-34.

guerra civil española, sin mero conocimiento ni de la historia ni de las circunstancias, resultó ser desanimante para el filósofo, en particular frente al estado de reflexión que supuestamente caracterizaba al intelectual europeo. Divulgando un disgusto mitigado sólo por el respeto subyacente hacia la figura del gran pensador, Ortega subrayó la ironía de una figura como Albert Einstein al juzgar los acontecimientos de España sin saber lo que había ocurrido en el país sea «ahora, hace siglos, o [desde] siempre». Ortega lo expresó más rotundamente al escribir que «el espíritu que le lleva a esta insolente intervención es el mismo que desde hace mucho tiempo viene causando el desprestigio universal del hombre intelectual»².

Hasta qué punto puede hoy ser causa de debate esta supuesta pérdida de prestigio se fundaba en la realidad de las democracias occidentales. Lo que sí resulta indiscutible, sin embargo, es el hecho de que los intelectuales de Occidente se apresuraron en adoptar una postura con respecto a los sucesos de España. Repetidamente, las cuestiones se formulaban en términos absolutos y opuestos: «¿Está Ud. a favor o en contra del gobierno legítimo y del pueblo español republicano? ¿Está Ud. en contra o a favor de Franco y el fascismo?»³. La formulación en sí demuestra la falta de finura política y va más allá al afirmar la existencia de una sólida lealtad partidaria entre muchos de los intelectuales de Occidente. Además cabe recordar que, aunque a Franco no le faltaran sus partidarios (quienes, por su parte, también percibieron el conflicto español en términos escatológicos) la gran mayoría de los supuestos intelectuales eran proclives a los republicanos. La vida intelectual europea carecía en gran parte de un terreno reflexivo y moderado.

En términos más universales esta ausencia —lo que Julien Benda ya había denominado como «la traición de los clérigos»— constituye una de las grandes tragedias de los treinta. De hecho, la polarización de los observadores de índole política e intelectual puede ser entendida solamente dentro de este contexto histórico. La Rebelión de los Generales el 17 de julio de 1936 no fue para gran número de extranjeros sino un capítulo más en el desenlace narrativo cuyo inicio tuvo lugar en la Italia de los veinte y que aún se extendía durante los treinta en Alemania, Portugal, y Austria. Desde la perspectiva del mundo extranjero, el conflicto español iba más

² *Ibid.*, pág. 307.

³ Tal fue la formulación hecha por la Liga de Escritores Americanos (League of American Writers) en un comunicado de 1938 en Nueva York durante una reunión de intelectuales europeos y americanos llevado a cabo en París. Véase el libro *Voices Against Tyranny*, editado por JOHN MILLER (New York, 1986), págs. 139-147.

allá de meros pleitos domésticos de cualquier pueblo soberano: España adquirió para muchos el papel de protagonista en la gran cruzada contra el fascismo y en la lucha por la igualdad social y la justicia. Percibido como una «gran cruzada» contra el mal, el conflicto español representaba una guerra que debería comprometer a todo ser humano. El crítico norteamericano I. F. Stone pintaría el conflicto de la siguiente manera: «Las barricadas de Madrid están presentes en todos los lugares en defensa de la libertad, la cultura, y la humanidad»⁴, un comentario en gran medida sintomático del momento.

Frente a una actitud tan predominante, no era probable que los intelectuales europeos adoptaran una opinión tomando en cuenta las raíces complejas del acontecimiento histórico, según el consejo de Ortega. Estos, sin duda, ya habían asumido de antemano una postura que percibía en España el reflejo de sus propias preocupaciones, lo que nos lleva a indagar sobre qué se sabía exactamente en el resto de Europa acerca la realidad histórica española al estallar las hostilidades en la Península durante el verano del 36. En otras palabras, ¿qué actitudes preconcebidas en Occidente, sean de índole política o cultural, formaron la visión de Europa y los Estados Unidos respecto a la guerra, instituyendo así una inclinación hacia la gran oleada de propaganda que anegaría desde el 36 en adelante? A mi juicio, pocos estudios se han aferrado al entendimiento de esta problemática⁵.

Este ensayo considera la cuestión concentrándose en el reportaje que se efectuó en uno de los principales periódicos europeos del momento, el *Times* de Londres, desde el bautismo de la Segunda República hasta el estallido de la guerra civil. Tomando en cuenta la importancia particular de un periódico como el *Times*, se justifica su examen en este estudio como un paso inicial para el entendimiento de la imagen española que circulaba en el resto de Europa. Como fue observado por Franklin Reid

⁴ Cita en MILLER, pág. 147.

⁵ El estudio más importante relacionado con la actitud occidental hacia España en el período anterior a la guerra civil es *Malevolent Neutrality: The United States, Great Britain, and the Spanish Civil War* de DOUGLAS LITTLE (Ithaca, 1985), el cual contiene estimaciones diplomáticas de la vida política española en los 30. En cuanto a una evaluación de la opinión pública general K. W. WATKINS ha comentado de modo interesante sobre la Gran Bretaña que «en los años precedentes a la guerra civil, la opinión británica fue cortejada por la causa de izquierda o derecha en España», añadiendo que «tal acondicionamiento prepararía la aceptación de la propaganda partidaria de los años 1936-1939». Más allá de esta afirmación, Watkins ofrece muy pocos detalles. Véase K. W. WATKINS, *Britain Divided: The Effect of the Spanish Civil War on British Public Opinion* (London, 1963), pág. 26. El artículo de THOMAS R. GREENE ofrece algunas observaciones útiles: «The English Catholic Press and the Second Spanish Republic, 1931-1936», en *Church History* (1976) 45 (1), págs. 70-84.

Gannon, «El *Times* fue un periódico británico sin par y el más importante de los años treinta»⁶. Uno de los más antiguos del país, «verdadera institución nacional», el diario inglés fue estimado durante los treinta como el portavoz del gobierno británico, ya que disfrutaba de un acceso privilegiado a cierta información restringida⁷. Aunque tal admisión sea hoy discutible, muchos detectaban su certeza en el vínculo acogedor entre el editor del *Times*, Geoffrey Dawson (1912-1919, 1923-1941) y los personajes de Neville Chamberlain y Lord Halifax, constatando de esta manera la percepción pública. Este hecho, además de su reputación seria y estimada, le aseguraron al periódico un amplio público de lectores interesados en cuestiones domésticas y extranjeras a la vez. No obstante, la política *Tory* de Dawson y del propio periódico, el *Times* captó el interés de un extenso número de intelectuales británicos con diferentes bases ideológicas⁸. Una exploración del reportaje periodístico sobre España ampliará nuestro entendimiento de las percepciones que predominaban en el momento inicial de la guerra civil española.

ESPAÑA, EL TIMES, Y LA CAÍDA DE LA MONARQUÍA

El *Times*,⁹ como tantos otros observadores domésticos y extranjeros, reaccionó ante la noticia del supuesto rechazo de Alfonso XIII y la proclamación de la Segunda República el 14 de abril de 1931 con un tono de sorpresa y conmoción. Aunque el *Times* había respaldado los esfuerzos hacia la reforma de la Constitución de 1876 en los catorce meses después de la caída del dictador Primo de Rivera con cuidadosa aprobación, el dia-

⁶ FRANKLIN REID GANNON, *The British Press and Germany 1936-1939* (Oxford, 1971), pág. 56.

⁷ *Ibid.*, pág. 70.

⁸ Para una discusión más amplia sobre el *Times* y la prensa inglesa de los 30, véase, además de GANNON, STEPHEN KOSS, *The Rise and Fall of the Political Press in Britain* (London, 1984), Vol. II; BENNY MORRIS, *The Roots of Appeasement: The British Weekly Press and Nazi Germany During the 1930s* (Londres, 1991); y COLIN SEYMUR-URE, «The Press and Party System Between the Wars», en el libro editado por GILLIAN PEELE y CHRIS COOK, *The Politics of Reappraisal 1918-1939* (Londres, 1975). El *Times* también narra su propio desarrollo durante este período en *The History of the Times: The 150th Anniversary and Beyond 1912-1948* (Londres, 1952), parte II.

⁹ Ya que todos los artículos consultados durante este período —sean breves noticias, artículos analíticos más extensos, o artículos de fondo— carecían de autoría explícita, empleo el rótulo impersonal de *Times* o «corresponsal del *Times*.» El periodista principal del diario, sin embargo, fue ERNEST DE CAUX (1879-1960) el cual sirvió en Madrid desde 1910-1940. Despachando generalmente dos o tres reportajes por semana, éste, como único corresponsal en salario permanente, fue responsable por la mayoría del reportaje, aunque el autor de este ensayo ha identificado hasta siete quienes contribuían artículos ocasionalmente desde Barcelona, Santander, Gibraltar, y las Islas Canarias.

rio inglés no dejaría de asumir la fortaleza del pensamiento monárquico en España. «Aunque la postura del Rey Alfonso hacia la Constitución sea capaz de producir tanto debate», observó el *Times* el 6 de febrero, «no se debe pensar que España se haya convertido en una “república”. La monarquía está enraizada en el pueblo y la ciudad»¹⁰. Con la propuesta de que «la gran mayoría del pueblo español es indudablemente monárquica», el triunfo del sentimiento republicano evidente después de las elecciones municipales del 12 de abril, como la partida del Rey posteriormente, no podía ser recibido sino con un tono de perplejidad:

Es impresionante la rapidez con la cual ha desaparecido una monarquía de quince siglos sin la oposición ni del ejército ni de la Iglesia, especialmente cuando en tiempos pasados éstos inspiraban a sus partidarios para defender a mano armada la Monarquía, hecho que ha dejado a los correspondientes en Madrid sin habla.¹¹

No obstante, el respeto y la simpatía otorgados al Rey Alfonso,¹² el *Times* no se hallaba al principio en contra de la incipiente república. Indicando que «la forma gubernativa escogida por los españoles no es asunto nuestro», el periódico añadió que «se espera bajo el nuevo régimen la continuidad de la prosperidad de España»¹³. El 16 de abril del mismo año el diario llegaría a comentar que «la partida pacífica de la familia real y el orden prevaleciente en todo el país son índice del humor popular». El mismo artículo añadió la «notabilidad» del hecho de que una dinastía de varios siglos «se desarraigara con tan poca perturbación»¹⁴. Tal moderación divulgada por el gobierno provisional y por el pueblo español en general, fue un acto sumamente alentador¹⁵. Como indicaría el *Times* el 9 de mayo, «los nuevos líderes de España han comenzado de una manera sumamente positiva. Ellos han efectuado una revolución ejemplar»¹⁶.

Sin embargo, el optimismo expuesto se desvaneció rápidamente. Al día siguiente una serie de manifestaciones anticlericales y quema de iglesias «quebró de una manera abrupta la serenidad de la revolución española»¹⁷. Desde la mirada del *Times* estas manifestaciones, seguidas por

¹⁰ «The Monarchy in Spain», *Times*, 9 de febrero, 1931, pág. 11.

¹¹ «Fall of King Alfonso», *Times*, 15 de abril, 1931, pág. 14.

¹² Casado con la nieta de la Reina Victoria, Alfonso XIII disfrutó de una gran popularidad en Inglaterra. Para las apreciaciones del *Times* véase «A Republic in Spain», «The Fallen King», y «The Spanish Republic», *Times*, 15, 16, y 22 de abril, 1931, págs. 15, 15, 15, respectivamente.

¹³ «A Republic in Spain», *Times*, 15 de abril 1931, pág. 15.

¹⁴ «The Fallen King», *Times*, 16 de abril 1931, pág. 15.

¹⁵ «The Spanish Republic», *Times*, 22 de abril, 1931, pág. 15.

¹⁶ «Spain Under the Republic», *Times*, 9 de mayo, 1931, pág. 13.

¹⁷ «Disturbances in Spain», *Times*, 12 de mayo, 1931, pág. 17.

otra serie de huelgas militantes, «le ha aportado una gran desventaja al prestigio de la República»¹⁸. La pasividad del público y del gobierno español frente a tal desorden amplificó la razón para plantear, según diría el *Times*, si «de hecho el espíritu de la ciudadanía ha despertado con la llegada de la República, como lo afirman sus líderes» o, en términos más pesimistas, si «España carecía de vitalidad», equivalente a que los españoles no podían asumir las responsabilidades pertenecientes a un pueblo democrático. Para el *Times* este planteamiento no era una «inútil especulación», ya que de su propia consideración dependía «si la República funcionará efectivamente o caerá en la vorágine de la degeneración»¹⁹.

Está claro que la mera mención del problema resulta lo suficientemente relevante como para detectar los elementos que informaban la visión del *Times* en ese momento. El cuestionamiento y la reacción del diario a la caída de la monarquía, caracterizada por la esperanza y la ansiedad además del optimismo y la consternación, subraya un aspecto general de las preocupaciones que podrían caracterizarse como propias de una postura «liberal». Benny Morris ha indicado que «la gran mayoría de los conservadores, liberales, y socialistas en Gran Bretaña durante la década de los veinte y treinta eran herederos y practicantes de la tradición liberal. El liberalismo informaba la totalidad del pensamiento político y su práctica en Bretaña»²⁰. Gannon añade que casi todos los periodistas y editores de la prensa inglesa entre las dos guerras «eran hombres que se consideraban a sí mismos como liberales en el sentido más amplio del término»²¹. El *Times* no pretendía ser una excepción. Este diario conservador afirmaba su afinidad por los valores liberales, compartiendo con partidarios liberales y socialistas una veneración por las virtudes de la experiencia, la educación, y la participación cívica, además del respeto por la tolerancia, el acuerdo político, y el pragmatismo anti-ideológico. En consecuencia, mientras que el *Times* no lamentaba *en principio* el desvanecimiento de la corona española, el diario sin embargo expresó su preocupación por una caída demasiado precipitada y por los primeros indicios de inquietud social, cuestionando la capacidad del pueblo español para asumir los derechos civiles requeridos en una república. Aunque en pleno favor de cambios hacia el bienestar y desarrollo colectivo, el *Times* se enfrentó a la nueva república con una curiosa mezcla típicamente liberal de optimismo y realismo, de expectativa y aprensión.

¹⁸ «New Spanish Riots», 13 de mayo, 1931, pág. 16.

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ MORRIS, pág. 2.

²¹ GANNON, págs. 4-5; también citado en MORRIS, pág. 2.

Esta actitud se hace más evidente al considerar la opinión del *Times* ante la caída del dictador Primo de Rivera y el subsiguiente gobierno del General Berenguer. En realidad, la cuestión en cuanto a la madurez del organismo político español —la habilidad de este pueblo en asumir las demandas de un gobierno democrático— preocupaba al diario inglés durante el transcurso de este período. Tal vez compartiendo una imagen general de España vigente entre muchos grupos ingleses —es decir, de un país «retrógrado», carente de madurez política e incapaz de un gobierno estable— el *Times* cuestionó en numerosas ocasiones la preparación de los españoles para realizar el buen gobierno. Al comienzo de los 30 los españoles republicanos identificaron la muerte de Primo de Rivera con «el inicio de una nueva era política». El *Times* lo interpretó de otra manera. Constatando al comienzo de los 30 que España era un país que había experimentado con 113 gabinetes distintos desde 1833 (treinta y dos de los cuales habían sido militares), el diario inglés manifestó que la fe en los avances políticos después de la caída de Primo de Rivera podría ser prematura ²². Tal vez comprobando la perspicacia del proverbio francés *tout que ça change tout que c'est la meme chose*, la caída de Primo no se consideraba causa absoluta de celebración. En efecto el *Times* advirtió la posibilidad de un retorno a un período de estancamiento político y anarquía anterior al mando del General ²³. Tal y como lo describió nuestro diario inglés este desarrollo era indeseable:

En el período antes de septiembre de 1923, el dar y tomar de los poderes constitucionales fue evadido por mala fe y por la falta de ciudadanía en general; los partidos políticos habían roto con las promesas electorales y los Gabinetes suspendieron las garantías públicas al haber gobernado por decreto Real...

El Parlamento cesó o se disolvió bajo la pretensión más débil, y la obstrucción e intriga han impedido necesarias propuestas como el voto por un nuevo presupuesto antes de fin de año ²⁴.

Dado este trasfondo, el gobierno de Primo, según el *Times*, merecía una alabanza sólida. Este extrajo «la enfermedad que yacía en el funcionamiento del gobierno» y, sin duda, «reformó a España» después de haber realizado muchas mejoras administrativas e institucionales, resolviendo a la vez los problemas con Marruecos. Además, se había dirigido un período de crecimiento económico y se mantuvo el orden y la seguridad interna ²⁵. Los hechos del General no fueron mínimos, reflexionó el *Times*,

²² «Spain Without a Dictator», *Times*, 1 de febrero, 1930, pág. 12.

²³ «New Regime in Spain», *Times*, 1 de febrero, 1930, pág. 12.

²⁴ «Spain Without a Dictator», *Times*, 22 de febrero, 1930, pág. 11.

²⁵ «A Republic in Spain», *Times*, 15 de abril, 1931, pág. 15, y «General Primo Resigns», *Times*, 29 de enero, 1930, pág. 15.

siendo España un país afectado por la inestabilidad perpetua, desbaratado en el momento del golpe de estado por la violencia anarquista, la insatisfacción masiva de los trabajadores, y el estancamiento económico.

Sin embargo, el elogio promovido por el *Times* no se actualizó sin ninguna crítica. No obstante el consentimiento dado por la habilidad de mantener la tranquilidad social, promover el crecimiento económico, y administrar algunas reformas, el *Times* mantuvo que «un pueblo no puede estar satisfecho solo por beneficios materiales, ya que éstos no compensan permanentemente por la libertad». El *Times* añadió que «la negación de la libertad política produce graves efectos morales y sociales», subrayando que el gobierno de Primo no había sino extendido el subdesarrollo político del pueblo español²⁶. La gran mayoría de la población, retardada por el cinismo, la corrupción y la falta de responsabilidad gracias a la élite española entre 1876 y 1923, manifestó su alienación del proceso político, lo cual, según el *Times*, era característica esencial del ciudadano común español²⁷. Aunque en otros aspectos los cambios ofrecían beneficios, bajo Primo no se efectuaron cambios para rectificar esta otra condición. El *Times* llegó a la observación de que «tal vez el fracaso más representativo de la dictadura haya sido su inhabilidad en contribuir seriamente a la educación del pueblo en las responsabilidades de la ciudadanía»²⁸.

Dada tal condición de inmadurez política e indiferencia, España, desde el punto de vista de nuestro diario, se enfrentaría a dos riesgos perniciosos. Por un lado, la capacidad de un retorno a las disputas políticas y el malestar civil del período anterior a Primo amenazaban el curso del progreso. Según afirmó el corresponsal del diario inglés el primero de febrero de 1930, «Existe el peligro de que las condiciones que precedieron el *coup d'état* de 1923 —cuando la política, dirigida desde las Cortes, era personal más bien que nacional— recurrieran a menos que una opinión más responsable tome parte en las cuestiones públicas»²⁹. Siendo tal el caso, afirmó el *Times* en un artículo posterior, «otra dictadura llegará a ser inevitable muy pronto»³⁰.

Por otro lado, una predicción tan desalentadora asumiría mínima importancia frente a la posibilidad de otro riesgo mucho mayor. La ignorancia

²⁶ «A Republic in Spain», *Times*, 15 de abril, 1931, pág. 15.

²⁷ «Spain Without a Dictator», 22 de febrero, 1930, *Times*, pág. 11. Véase también «New Regime in Spain» (*Times*, 1 de febrero, 1930, pág. 12), y «Republicanism in Spain» (*Times*, 9 de abril 1930, pág. 15).

²⁸ «Spain Without a Dictator», *Times*, 22 de febrero, 1930, pág. 11, y también «General Primo Resigns», *Times*, 29 de enero, 1930, pág. 15.

²⁹ «New Regime in Spain», *Times*, 1 de febrero, 1930, pág. 12.

³⁰ «Spain Without a Dictator», *Times*, 22 de febrero, 1930, pág. 11.

y apatía universal rendían desproporcionadamente poderosos a aquellos grupos dispuestos a organizarse de una manera eficaz. En una tierra donde la población se encontraba alienada del funcionamiento gubernamental y de la vida pública, la atracción hacia grupos demagógicos en busca de remedios sociales fuera del gobierno se hacía bastante real —hecho que fue observado por el corresponsal del *Times* con una creciente consternación en el verano de 1930—, mientras que resurgían los movimientos revolucionarios de los trabajadores. La idea de un retorno a la anarquía de la España anterior a 1923, durante el cual grupos de trabajadores «sindicalistas» y «comunistas» con «vínculos oscuros pero sin duda ligados con Rusia», se consideraba inaceptable y llegó a ser una preocupación de mayor importancia para el *Times* de allí en adelante ³¹.

Sin embargo, estas reservas —por un lado, la posibilidad de un retorno a la parálisis parlamentaria encabezando a una dictadura y la amenaza de una izquierda militante por el otro— no abrogaron la sincera esperanza de que España navegara a través de «aguas turbulentas» hasta llegar al «refugio constitucional» ³². El *Times*, animado por la observación, cierta o no, de que «los españoles más agudos concuerdan en que el sistema parlamentario es el método más eficaz de control gubernamental hasta ahora concebido por un pueblo libre» presionó al gobierno del General Berenguer para que éste devolviera el país al sistema constitucional ³³. El diario inglés además instó al General por la restauración de medidas democráticas como la libertad de prensa y los derechos civiles de modo que estos inculcaran el espíritu de la participación cívica y fueran portavoz de la opinión pública. A la vez, el *Times* expresó su simpatía por la «extraordinaria dificultad» del mando que le había tocado a Berenguer ³⁴. El dilema del General —la tarea tan delicada de manejar el país hacia la estabilidad democrática y a la vez mantener el orden y tranquilidad doméstica— debería ser, según el *Times*, el dilema de *todo* el país. En una España culturalmente «retrógrada» y afligida históricamente por la inestabilidad y la poca experiencia pública y política, las barreras obstruían el paso hacia un gobierno liberal. Pero en cuanto a la nobleza de este objetivo —el establecimiento de una democracia estable en España— el *Times* la reconoció sin duda alguna. El desafío les tocaba a aquéllos que tenían el timón del poder para eludir la caída hacia una dictadura y a la vez evitar un descenso caó-

³¹ «The Barcelona Strike-The Return of 'The Big Union'», *Times*, 23 de setiembre, 1930, pág. 11.

³² «Spanish Finance», *Times*, 20 de agosto, 1930, pág. 20.

³³ «Spain Without a Dictator», *Times*, 22 de febrero, 1930, pág. 11.

³⁴ «Unrest in Spain», *Times*, 21 de noviembre, 1930, pág. 15.

tico hacia la izquierda política. En vísperas de la proclamación de la segunda República, inmediatamente después, y durante el transcurso de la década, el *Times* articularía este conjunto básico de preocupaciones.

LA REPÚBLICA ESPAÑOLA: 1931-1933

De los dos riesgos a los que la joven república se enfrentaba, el *Times* consideró la izquierda como la amenaza superior —hecho indudablemente importante para entender la reacción del diario anglosajón ante la Constitución de 1931 y el primer bienio bajo el mando republicano y socialista de Manuel Azaña—. El *Times* había prestado atención al resurgimiento del movimiento revolucionario de trabajadores, particularmente la Confederación Nacional del Trabajo, con un alto grado de inquietud desde la caída de Primo de Rivera ³⁵. Desde el punto de vista del diario, la izquierda disfrutaba de una exitosa rehabilitación por las huelgas militantes, los incendios de iglesias, y la violencia anticlerical. Procesando estos hechos dentro de su esquema interpretativo *liberal* del concepto de revolución, el *Times* observó que la cautela exhibida el 14 de abril —es decir, la declaración de la República y la formación de un gobierno centrista— había desilusionado a varios segmentos específicos de la población. Demagogos y agitadores que intentaban «llamar la atención de la gente con falsas promesas» ³⁶ explotarían tal desilusión para conseguir sus propios propósitos:

El primer resultado de la revolución es la desilusión, y sin duda los trabajadores españoles deben estar preguntándose si en realidad su situación es mejor que bajo la Monarquía ... La suavidad de la revolución parece haber desilusionado a algunos; la falta de beneficios inmediatos provee a los comunistas con la oportunidad de diseminar sus doctrinas perniciosas... ³⁷

Además, algunos signos perturbadores indicaban que los «agitadores comunistas» disfrutaban de un nuevo éxito:

La cantidad de reuniones comunistas, la diseminación de la literatura subversiva, la virulencia de la palabra escrita y oral, y la persistencia de huelgas demuestran que España ha llegado a ser un espacio de discordia en el cual los comunistas intentan a toda costa realizar el pronóstico de Trotsky —hecho quince años atrás mientras éste ocupaba una celda en la cárcel Modelo de Madrid— que España llegará a ser la Rusia de Occidente ³⁸.

³⁵ Véase «The Barcelona Strike-The Return of the Big Union», *Times*, 23 de septiembre, 1930, pág. 11, y «Labour Unrest in Spain», *Times*, 15 de diciembre, 1930, pág. 1.

³⁶ «Troubles in Spain», *Times*, 28 de julio, 1931, pág. 13.

³⁷ «Disturbances in Spain», *Times*, 12 de mayo, 1931, pág. 17.

³⁸ «In the Wake of Revolution-Democracy in Danger», *Times*, 23 de junio, 1931, pág. 13 (énfasis mío).

El título de este artículo, «In the Wake of Revolution-Democracy in Danger» («En Vísperas de la Revolución-la democracia en peligro»), escrito en vísperas de las elecciones para las Cortes, es indudablemente significativo. Citando al líder de la CNT, Angel Pestaña, el *Times* observó que si «la revolución española ignora las demandas de los trabajadores en tener acceso a la riqueza tal y como había ocurrido durante la revolución francesa, los sindicalistas podrían y de hecho destruirían el nuevo régimen». Para el *Times*, la revolución española se encontraba amenazada por un segmento militante extremista con paralelismos en otros momentos históricos —como el caso de la revolución francesa y la rusa— durante la cual metas moderadas se radicalizaron y fueron subsumidas por las demandas de elementos extremos. La proclamación colectiva de la izquierda radical —«Ya que tenemos nuestra República, déjennos tener nuestra revolución»— constituía un grave peligro al nuevo régimen republicano ³⁹.

Sin duda, a luz de los acontecimientos posteriores, las advertencias del *Times* respondieron a una base lógica. El esfuerzo revolucionario erigido por los grupos radicales de la izquierda contribuyó a la polarización del ámbito político español. Debemos sin embargo señalar algunas distorsiones analíticas del diario. La más importante fue la tendencia de acreditar a la izquierda revolucionaria con un poder y unidad exagerados en su conjunto. Es dudoso que el corresponsal del *Times*, mandando sus escritos desde Madrid, tuviera la oportunidad (en términos de tiempo, dinero, o inclinación) de investigar profundamente las múltiples cuestiones que dividían a los distintos grupos de izquierda —en particular aquellos enraizados en el terreno de los trabajadores militantes— de Barcelona. Aunque en algunas ocasiones el *Times* se esforzaba por diferenciar entre sindicalistas, anarquistas y comunistas, en general estas distinciones se suprimían. Con muy poca pero característica sutileza, el *Times* comentó el 27 de julio de 1931 que «los comunistas en España parecen ser indistinguibles de los anarquistas» ⁴⁰. Después de la insurrección anarquista de Llobregat un año más tarde, el largo artículo titulado «Communism in Spain. A Growing Danger» repetiría esta afirmación, observando que «aunque en principio el anarquismo tiene sus variedades, y los sistemas comunistas y anarquistas son contradictorios, en España las distinciones no son palpables» ⁴¹. Como George Orwell llegaría a entender más tarde con un tono de desencanto profundo, este tipo de observación resultó ser evidentemente

³⁹ «Elections in Spain», *Times*, 27 de junio, 1931, pág. 13 (énfasis mio).

⁴⁰ «Civil Strife in Spain», *Times*, 27 de julio, 1931, pág. 11.

⁴¹ «Communism in Spain-A Growing Danger», *Times*, 28 de marzo, 1932, pág. 9.

ficticio ⁴². Pero para el *Times* la difusión de la propaganda 'Red' «indicaba la existencia de una organización central con un propósito definido». El *Times* no llegó a decir cuál sería esta organización, aunque sospechaba de una «mano escondida», que aparentemente pertenecía al órgano central de Moscú. Con respecto al propósito definido —«la creación de una causa a favor de Rusia y de las metas comunistas en general»— debe mencionarse la falta de detalles específicos ⁴³. Como fue admitido por el propio *Times* a principios de enero de 1933, «sería demasiado difícil definir las ambiciones [de los extremistas] pero éstos sueñan con un vago sistema comunista» ⁴⁴. De esta manera convergieron las fuerzas anarquistas, sindicalistas, y comunistas bajo el rótulo colectivo de «Red», «Bolchevique», o «Comunista», recordando en todo momento sus vínculos con Moscú.

No obstante la falta de evidencia en el caso de tales acusaciones, el mensaje central era bastante nítido. España y la democracia estaban inminentemente amenazadas por un ente monolítico «anárquico-sindicalista-comunista», una amenaza colectiva de los «Red». Cualquiera que sean las demarcaciones entre los partidos de izquierda, según el *Times* éstos estaban unidos en la meta universal de imponer una «forma gubernamental indistinguible del sistema bolchevique» ⁴⁵. El empleo repetitivo e indiscriminado de términos como 'Red,' 'bolchevique,' o 'comunista,' vinculado a afirmaciones exageradas del involucramiento soviético, dio como resultado la sobreestimación de una izquierda unificada, y por lo tanto de su poder. Para los lectores del *Times* al principio de la República, España —cuyo partido comunista afiliaba un máximo de 800 miembros en abril de 1931, ocupando un lugar marginal hasta el estallido de la guerra civil— llegaba a ser en efecto la «Rusia de Occidente». El *Times* se hallaba preocupado por lo que varios diplomáticos norteamericanos e ingleses habían titulado el 'fenómeno Kerensky' —la aprensión de que una democracia débil se deslizaría inevitablemente hacia el bolchevismo— ⁴⁶.

Si el efecto acumulativo del reportaje del *Times* fue mantener una tendencia hacia la exageración de la unidad y amenaza de la izquierda política,

⁴² Véase el muy citado clásico orwelliano *Homage to Catalonia*, capítulo cinco (Londres, 1938).

⁴³ «Communism in Spain-A Growing Danger», *Times*, 28 de marzo, 1932, pág. 9.

⁴⁴ «Communism in Spain-A Growing Danger», *Times*, 28 de marzo, 1932, pág. 9.

⁴⁵ «Authority in Spain», *Times*, 27 de enero, 1932, pág. 11.

⁴⁶ Con respecto a este punto, véase el texto de DOUGLAS LITTLE, *Malevolent Neutrality: The United States, Great Britain, and the Origins of the Spanish Civil War*, capítulo tres. Como lo demuestra Little, los diplomáticos norteamericanos y británicos exageraron el peligro comunista. Es posible, dado el vínculo del *Times* con el gobierno inglés, que el diario tuviera acceso a información reservada para la Oficina de Relaciones Extranjeras, aunque no he podido confirmarlo con certeza.

creando la impresión de un bloque monolítico «comunista» con vínculos siniestros en Moscú, es importante también reconocer la relativa falta de preocupación con respecto a las fuerzas derechistas en España. Como lo aseveró el *Times* en junio de 1931, «el mayor peligro al régimen actual no proviene de la derecha sino de la izquierda»⁴⁷, reafirmando el año siguiente al afirmar que «el Sr. Azaña no se encuentra seriamente amenazado en este momento por las fuerzas derechistas»⁴⁸. La opinión del *Times* fue en parte el producto de las limitaciones de su corresponsal, el cual carecía de acceso a la información. La gran mayoría de los periódicos de derecha fueron censurados en esta época, las reuniones públicas universalmente prohibidas y las organizaciones más extremadamente derechistas tardaban en asumir su forma pública, como el partido falangista de José Antonio Primo de Rivera. Dentro de este contexto, las reservas del *Times* podrían ser el mero resultado de una falta de acceso a los hechos en ámbitos privados. La derecha española, sin embargo, también profesaba pleno grado de enemistad, para no decir una obvia hostilidad, contra la nueva república en este momento histórico —una hostilidad restringida no a los vestibulos privados o a los cuarteles militares—. El hecho de que la derecha todavía constituyera una posible amenaza para la democracia parecía ser sostenible por varias razones, entre ellas el vandalismo de jóvenes rufianes, los pronunciamientos antidemocráticos de monárquicos fieles, y el *coup* intentado en agosto del 32 por el General Sanjurjo⁴⁹. La tendencia del *Times* de ignorar o reducir la importancia de este factor hasta aproximadamente el último año de la república constituyó un grave prejuicio de su parte.

Tal vez este prejuicio no sea sorprendente si tomamos en cuenta la teoría de revolución a la cual se aferraba el *Times* y que hemos expuesto anteriormente —es decir, una disposición preexistente por ver la dinámica revolucionaria como una tendencia canalizada necesariamente hacia la izquierda, a menos que fuera desviada de su curso—. Desde su entendimiento de los hechos históricos, el *Times* enfocó su mirada sobre aquellos signos que confirmaban con el tiempo la radicalización de la república hacia izquierda. Al nivel más fundamental, la elección de las Cortes en junio

⁴⁷ «Elections in Spain», *Times*, 27 de junio, 1931, pág. 13.

⁴⁸ «Authority in Spain», *Times*, 27 de enero, 1932, pág. 11. Un año más tarde, el *Times* reafirmaría esta opinión, notando que «no es la derecha la que amenaza al gobierno de Azaña.» Véase también, «More Trouble in Spain», *Times*, 12 de enero, 1933, pág. 13.

⁴⁹ Para un examen crítico del papel derechista durante este período, véase PAUL PRESTON, *The Coming of the Spanish Civil War: Reform, Reaction, and Revolution in the Second Republic, 1931-1936* (Nueva York, 1978), págs. 26-51.

de 1931 y la constitución que se dio a luz en diciembre, parecía estar en contradicción con los deseos de la mayoría, por lo menos según el *Times*. Notando después de las elecciones de 1931 que existía una «fundación evidente» que la alianza republicano-socialista había sido elegida a través de métodos semejantes a aquellos empleados por los *caciques* monárquicos, el *Times* hizo la acusación de que los pupilos del gobierno provisional habían proveído «protección» y «acomodaciones» a sus «candidatos oficiales», además de «distribuir puestos en todo el país para los miembros de la alianza republicano-socialista»⁵⁰. El resultado de estos hechos y del boicot contra las elecciones organizado por la derecha fue la constitución de un cuerpo electoral inequilibrado, con los partidarios conservadores y religiosos «seriamente subrepresentados». De todos modos, el ataque fue significativo porque le impidió una verdadera sanción representativa a las Cortes, aunque el *Times* estaba dispuesto a admitir que la falta de equilibrio era «culpa» de las fuerzas derechistas que se habían «acobardado» al adoptar una «postura de abstención»⁵¹.

Las Cortes elegidas, redactaron en consecuencia, una constitución que no reflejaba los deseos de gran parte del pueblo español, ya que «éstas no llegaron al poder por medios democráticos»⁵². Imputándole a la mayoría de la población lo que Alejandro Lerroux bautizó como «una república conservadora», el *Times* sostuvo que las acciones partidarias de las Cortes podrían dismantelar el consenso que había exilado del poder al Rey Alfonso. Según el *Times*, muchos de los españoles favorecían un gobierno moderado y liberal, respetuoso del orden, la propiedad y la libertad, además de las tradiciones nacionales de España, especialmente la religión. Los españoles fueron comparados con Lerroux, quien se había autodenominado como un «revolucionario frente a las fuerzas reaccionarias» pero «conservador de la república y libertad frente a la anarquía»⁵³. La constitución de 1931 representaba para el diario inglés una desviación de

⁵⁰ «New Spanish Cortes», *Times*, 1 de julio, 1931, pág. 13. Un artículo más tardío, «The Spanish Republic -A Year's Work», (*Times*, 9 de abril, 1932, pág. 13) subraya este punto: «Los alcaldes fueron despedidos y las municipalidades vaciadas; a candidatos se les prohibió cartelar sus posiciones, la prensa católica fue censurada, y toda manera posible fue empleada para asegurar el retorno de candidatos revolucionarios después de la elección general de junio». Aunque estos hechos han servido para repudiar la república, la mayoría debe concordar con la afirmación de Stanley Payne que «despite certain irregularities, this was much nearer an honest and genuinely democratic contest than anything seen before in Spain». Véase STANLEY PAYNE, *Spain's First Democracy: The Second Republic, 1931-1936* (Madison, 1993), pág. 50.

⁵¹ «New Spanish Cortes», *Times*, 1 de julio, 1931, pág. 13.

⁵² «The Spanish Republic», *Times*, 14 de abril, 1932, pág. 13. Véase también, «The New Spanish Cabinet», *Times*, 17 de diciembre, 1931, pág. 13.

⁵³ «A Conservative Republic», *Times*, 3 de julio, 1931, pág. 15.

las metas de ese consenso original, excluyendo sin necesidad a una porción significativa de la población que estaba en desacuerdo con la legislación anticlerical, el ataque a la santidad de la propiedad privada y la definición del nuevo régimen como una «república de trabajadores»; también se protestaba el «trastorno inmenso de tradiciones domésticas», como el sufragio femenino, la liberalización del divorcio, casamientos y entierros seculares⁵⁴. En un país considerado en cierto modo «medieval», los cambios presentes en el documento (como «las ideas avanzadas de la socialización nacional») fueron considerados «revolucionarios» y «extremos», además de ser «demasiado repentino y drástico»⁵⁵. La tarea que aguardaba al nuevo gobierno de Azaña sería, entonces, resistir la presión radical y trabajar a favor de avances y la reconciliación de «grandes sectores del pueblo español que seguían atados a ideas tradicionales»⁵⁶. Según el *Times*, el éxito de la República dependía de la habilidad del gobierno de Azaña en guiar al país sobre un curso moderado y conciliatorio.

Aunque el *Times* decidió hacia 1933 que Azaña había fracasado en sus obligaciones, su descarte no fue inmediato. La inclinación hacia una «república conservadora» no rindió al diario totalmente en contra del gobierno de Azaña, pero tampoco asumió una posición pasiva en cuanto al *status quo*. Reconociendo la necesidad del cambio en España, el *Times* enumeró los problemas que se enfrentaban a la república con suma sofisticación, siempre y cuando se enfatizaran las medidas moderadas. Entre otras cosas, esta lista incluía la necesidad de resolver la cuestión de Cataluña, de efectuar reformas agrícolas y educativas, y de rehacer la estructura del ejército, en efecto elogiando el trabajo de Azaña por atacar estos problemas⁵⁷. De hecho, el *Times* demostró consistentemente su respeto por Azaña, describiéndolo, en un artículo que recapitulaba los eventos del primer año de la república, como un «líder real, un hombre que entiende sus pensamientos y que está dotado del sentido común y de una percepción realista»⁵⁸. Animado por el coraje ejercido durante la sublevación Llobregat, la «firmeza y resolución» con que se enfrentó al extremismo de izquierda, el *Times* deseaba que Azaña fuera el líder capaz

⁵⁴ Véase «The Church in Spain», *Times*, 16 de octubre, 1931, pág. 14; «The Spanish Constitution», *Times*, 8 de diciembre, 1931, pág. 13; and «The New Spanish Cabinet», *Times*, 17 de diciembre, 1931, pág. 13.

⁵⁵ «The New Spanish Cabinet», *Times*, 17 de diciembre, 1931, pág. 13.

⁵⁶ «A Heavy Programme in Spain», *Times*, 6 de enero, 1932.

⁵⁷ Véase «Autonomy for Catalonia», *Times*, 15 de setiembre, 1932, pág. 13; «New Land Law», *Times*, 15 de setiembre, 1932, pág. 11; «Realities of Spain-Work of the New Regime», *Times*, 6 de diciembre, 1932, pág. 13.

⁵⁸ «The Spanish Republic-A Year's Work», *Times*, 9 de abril, 1932, pág. 13.

de resistir el giro hacia la izquierda de tal modo que se lograra la consolidación de la república naciente ⁵⁹.

La posibilidad de un fracaso residía, según el *Times*, en el uso adecuado o erróneo de la «Ley para la defensa de la República», aprobado en octubre de 1931 para restringir la desavenencia de derecha y la enemistad de los sindicalistas y anarquistas de izquierda. Garantizando los poderes policiales y la censura como medio de control, la Ley fue administrada con gran efectividad por Azaña para sofocar las actividades violentas de la extrema izquierda. Con tal uso de la ley el *Times* no presentó ninguna disensión y elogió a Azaña por su mantenimiento de la ley y el orden ⁶⁰.

Por otro lado, también sería interesante examinar la reacción del *Times* frente a la sublevación del General Sanjurjo durante el verano de 1932, en particular dado el respaldo de dicho periódico al constreñir Azaña las demandas de los campesinos y de los trabajadores. El General, íntimo amigo del tardío Primo de Rivera y con vínculos importantes con la Monarquía, encabezó una rebelión militar en Sevilla al mismo tiempo que se producía una insurrección en Madrid el 10 de agosto. Para el corresponsal del *Times* la rebelión asumió un carácter casi de farsa al ver éste la falta de organización adecuada, y eventualmente fue suprimida sin ninguna pérdida humana. Refugiándose en la convicción de que el fracaso de Sanjurjo indicaba que los «pronunciamientos militares habían pasado de moda», el *Times* interpretó este episodio como el malestar de un genuino republicano y no como el peligro de una reacción antidemocrática emergente de la derecha política. Aunque se manifestaba en contra de los medios empleados, el *Times* fue un lector literal de la proclama de Sanjurjo el mismo día de la sublevación: que en efecto se luchaba no contra la República sino en contra de la ilegitimidad de las Cortes. Las palabras de un editorial escrito el día después de la rebelión rezan:

El General Sanjurjo ha dado a luz un manifiesto en el cual se proclama su preocupación por el bienestar de la República. Cualquiera que sea la opinión del método empleado para beneficiar al nuevo régimen, es indudable también que el carácter arbitrario del gobierno de Azaña haya desilusionado a muchos españoles quienes al principio hubieran dado la bienvenida a la Revolución. El General Sanjurjo no debe ser sino un republicano desilusionado ⁶¹.

⁵⁹ «*Authority in Spain*», *Times*, 27 de enero, 1932, pág. 11; «*A Respite in Spain*», *Times*, 11 de julio, 1932, pág. 13; «*The Spanish Republic*», *Times*, 14 de abril, 1932, pág. 13.

⁶⁰ «*A Respite in Spain*», *Times*, 11 de julio, 1932, pág. 13.

⁶¹ «*The Spanish Revolt*», *Times*, 11 de agosto, 1932, pág. 11.

El *Times*, continuando la lógica de este argumento en una serie de artículos posteriores, enfatizó los excesos del gobierno de Azaña, en particular la suspensión de derechos civiles de quienes se situaban a la derecha del gobierno. Para el *Times*, era importante enfatizar que la «Ley para la defensa de la República» eliminaba los derechos de varios sectores de la nación garantizados por la Constitución: «Aunque la reciente sublevación haya fracasado, afortunadamente, en sus intenciones, se ha demostrado que en la República actual no hay lugar sino para un solo tipo de republicano»⁶². Citando el Artículo 34 que garantizaba la libertad de expresión y de congregación, el *Times* enumeró los casos en que se habían censurado varios periódicos conservadores al tiempo que se prohibían reuniones organizadas por los dos grandes partidos de la derecha, la Acción Popular y la Acción Agraria. El diario estimó con sorpresa que «un hombre dotado del buen temperamento y de la valentía como el Sr. Azaña no debería haber repartido los derechos constitucionales indiferentemente», acusando al gobierno de dirigir la constitución a base de los partidos políticos⁶³. Además su error, al no remediar este gesto, no era una mera ingenuidad política, y logró alienar a un gran número de españoles que «hubieran sido republicanos y conservadores a la vez»⁶⁴.

El gobierno español, al invocar los derechos gubernamentales durante períodos de emergencia, sofocó las reclamaciones de la izquierda revolucionaria a la vez que suprimía la opinión legítima de la derecha. El resultado fue una «dictadura parlamentaria»,⁶⁵ como comentaría el *Times* en su resumen de fin de año de 1933. En un editorial publicado algunos días más tarde y titulado «Republican Spain», el diario repetiría la aseveración de que «La “Ley para la defensa de la República” ha hecho del Señor Azaña un dictador». Mientras que la represión de la izquierda *radical* estaba apoyada por el *Times*, la tolerancia de elementos un poco más moderados que los extremistas no fue considerado como una ventaja:

Azaña está obligado, como todo líder de las repúblicas nacientes, a pacificar aquéllos un poco menos fanáticos que los extremistas. Sus acciones represivas no son sentidas tan agudamente por la izquierda sino por los elementos más moderados en España. Al fundar su grupo parlamentario, la Federación de Republicanos de Izquierda, Azaña lo declaró como un intento para que la «República marchara hacia adelante, con ojos hacia la Izquierda».

⁶² «Force and Law in Spain-A Futile Rising Reviewed», *Times*, 24 de agosto, 1932, pág. 11.

⁶³ *Ibid.*

⁶⁴ *Ibid.*

⁶⁵ «Spain and Portugal», edición especial de «The *Times* Review of the Year», *Times*, 3 de enero, 1933, pág. v.

Estas palabras no sugieren la tolerancia que es necesaria para apaciguar a muchos republicanos frente al método arbitrario del gobierno actual ⁶⁶.

Cualquiera que haya sido su motivación, Azaña «continuó en su marcha hacia la izquierda», hecho que, efectivamente, ignoraba las preocupaciones legítimas de la oposición derechista ⁶⁷. Pisoteando los derechos civiles, como la libre expresión, Azaña se dirigía por el «camino de la dictadura». Según el *Times* su régimen difería en contenido, pero no en esencia, de la dictadura de Primo de Rivera ⁶⁸. El gobierno de Azaña se había transformado, efectivamente, en una dictadura de izquierda con Cortes que ignoraban los deseos de la mayoría en el país.

Por lo tanto, Azaña el «gran innovador» y «estadista listo» había fallado en el proyecto de consolidación al alienar a aquéllos que hubieran sido republicanos de derecha sin tener que moderar los extremistas de izquierda ⁶⁹. Aunque Azaña había mostrado su disposición a suprimir los grupos más revolucionarios, las concesiones para algunos miembros de su coalición no pudieron impedir que la república se escorase hacia la izquierda.

Dado este trasfondo, la posibilidad de una democracia española se presentó para el *Times* como una posibilidad precaria. El diario notó a mediados de julio de 1933 que «sería una lástima que otro país abandonara la discusión libre como base del método de gobierno» ⁷⁰. Habiendo llegado a un cuestionamiento de la legitimidad del gobierno de Azaña, las Cortes de donde surgía su apoyo y de la propia Constitución, el *Times* recibió la noticia del retiro de Azaña, dada la parálisis parlamentaria y la convocatoria de nuevas elecciones, como un desarrollo positivo y como una oportunidad de enmendar el desequilibrio de las elecciones del 31.

LA REPÚBLICA ESPAÑOLA: 1934-1935

El *Times* recibió la noticia del ascenso al poder de la CEDA, capitaneada por Gil Robles, y el descenso de los socialistas como prueba de su postura editorial, describiendo las elecciones de noviembre de 1933, como «el hecho más cercano a un voto ideal todavía visto en España». El diario

⁶⁶ «Republican Spain», *Times*, 7 de enero, 1933, pág. 9.

⁶⁷ «The Spanish Republic», *Times*, 17 de abril, 1933, pág. 9.

⁶⁸ Tal comparación, diseñada para establecer el carácter arbitrario del gobierno de Azaña, se encuentra en varios artículos. Véase en particular «Republican Spain», y «Testing Time in Spain», *Times*, 7 y 12 de enero, 1933, págs. 9 y 13 respectivamente.

⁶⁹ «The Fall of Señor Azaña» *Times*, 10 de junio, 1933, pág. 13.

⁷⁰ «Troubles of a Socialist Republic», *Times*, 19 de julio, 1933, pág. 13.

añadió que «el conservadurismo republicano había ganado en una etapa inicial sobre el marxismo republicano», admitiendo de esta manera su opinión acerca del desvarío gubernamental de Azaña. Las fuerzas de la derecha podrían ahora remediar la inclinación «socialista fuera de proporción con tal sentimiento político en el país» y su producto, una constitución «socialista... declaradamente anti-clerical»⁷¹. El periódico recapitularía la historia temprana de la república de la siguiente manera:

Después de la caída de la monarquía en 1931, la primera elección general le proporcionó a España un Parlamento y un Gobierno sin duda mucho más socialista de lo que deseaba la mayor parte de la población; pero la efervescencia natural producida por la nueva emancipación, junto con la abstención participatoria de los Lealistas, produjo un resultado que no representaba la resolución del sentimiento nacional. La falta de un equilibrio resultó ser desafortunado, ya que la tarea central de las Cortes era la de crear una nueva constitución; por lo tanto la futura estructura del estado se hallaba desde el principio perjudicado. No fue hasta el año pasado que los grupos conservadores se recuperaron de la partida de Don Alfonso. Estos han desempeñado su papel en las elecciones de noviembre, y el desequilibrio de los partidos se ha remediado⁷².

Esta interpretación, en esencia correcta, formaba parte de la crítica del gobierno de Azaña por el *Times*, repitiéndose en varias ocasiones después de las elecciones como una manera de legitimar las nuevas Cortes y las aspiraciones de la derecha en cambiar la Constitución:

La opinión pública en España parece desear cambios drásticos legislativos de la primera oleada republicana —en particular leyes vinculadas a la Iglesia y la educación, y la restauración de los derechos perdidos de la propiedad—. Esto requiere cambios en la constitución. La mera sugerencia de desmantelar su labor extrema es causa de delirio para la izquierda⁷³.

La última oración es muy importante. Si el triunfo electoral de la derecha confirmaba las reservas del *Times* con respecto a la República, el comportamiento de los izquierdistas y otros que habían participado en el gobierno de Azaña demostraba la falta de cometidos al proyecto democrático. Aunque inscrito en la Constitución estaba la posibilidad del cambio, para los fundadores de la República esto era impensable. Incluso la mera presencia de los grupos derechistas en el gobierno, elegidos democráticamente, constituía para la izquierda una traición de los valores de la

⁷¹ «A Conservative Success in Spain», *Times*, 21 de noviembre, 1933, pág. 13.

⁷² «Suspense in Spain», *Times*, 13 de marzo, 1934, pág. 15.

⁷³ «Parties in Spain», *Times*, 3 de marzo, 1934, pág. 13. Véase también «Suspense in Spain»: «El resultado inevitable de la falta de representación de las creencias españolas ha sido la necesidad de reajustar la constitución en el nuevo Parlamento».

República. Como observó el *Times*, «la izquierda en España es intolerante con los principios democráticos cuando las elecciones no están a su favor»⁷⁴.

El *Times* comprobaría esta acusación al año siguiente, señalando en abril de 1934 que «parece que el lenguaje empleado por el Señor Azaña y los directores anteriores de los órganos estatales tiene el fin de provocar a los socialistas y otros sectores extremos de la izquierda a realizar actos de separación contra el estado y de violencia contra sus adversarios»⁷⁵. Como evidencia, el *Times* citó las palabras del antiguo Ministro de Hacienda y Obras Públicas, el socialista Don Indalecio Prieto, quien había reclamado: «ha terminado para siempre toda colaboración entre socialistas y el gabinete republicano»⁷⁶. Con un tono alarmante, el *Times* reportó la advertencia socialista de «desencadenar una revolución» en contra de los «fascistas» a la vez que se proclamaba «la dictadura del proletariado»⁷⁷. Al abandonar los valores democráticos, «los líderes socialistas, con escasas excepciones, han admitido su falta de fe en la República. Para ellos, el trabajador debe recurrir a la violencia»⁷⁸, lo cual demostraba una vez más el movimiento hacia la izquierda. Los líderes del Partido Socialista, como Largo Caballero, intentaron la formación de una alianza proletaria con comunistas y sindicalistas, invocando el recurso a la violencia. «Los socialistas están tan enfurecidos con el fracaso de sus acciones en las últimas Cortes que se han vinculado a los sindicalistas y comunistas. Desde ahora deben ser considerados como extremistas», dictó el *Times* en 1934⁷⁹.

La radicalización de los socialistas fue acompañada por las actividades extendidas de los anarquistas, sindicalistas y comunistas, que a la vez disfrutaron de un incremento en el número de afiliación. Irónicamente, justo cuando el *Times* empezaba a reconocer las diferencias entre los varios grupos políticos de izquierda, éstos disponían de mayor cooperación común. El *Times* percibió un frente unificado de fervor revolucionario al confirmar la colaboración socialista-comunista (que llegó a ser una realidad al sancionarse en el congreso del Comintern durante el verano de 1935) y

⁷⁴ «Parties in Spain», *Times*, 3 de marzo, 1932, pág. 14. Véase también «New Measures in Spain», *Times*, 2 de abril, 1934, pág. 11.

⁷⁵ «New Measures in Spain», *Times*, 2 de abril, 1934, pág. 11.

⁷⁶ «Rivalries in Spain», *Times*, 6 de febrero, 1934, pág. 12.

⁷⁷ «Uncertainty in Spain-Unchanging Revolution», *Times*, 5 de febrero, 1934, pág. 11. «Rivalries in Spain-The Struggle for Power», *Times*, 6 de febrero, 1934, pág. 12.

⁷⁸ «Hard Reality in Spain», *Times*, 3 de abril 1934, pág. 11.

⁷⁹ «Uneasy Spain-Extremist Policy of Violence-Socialist Tactics», *Times*, 8 de junio, 1934, pág. 14.

el cortejo político entre los diferentes grupos de izquierda. Varios factores parecían confirmarle al diario inglés que España estaba en proceso de transformarse en la «Rusia de Occidente», entre ellos el descubrimiento de depósitos de armamentos, las amenazas de violencia y las demostraciones a favor de una «dictadura marxista»⁸⁰.

Con estos antecedentes, el estallido de la sublevación asturiana en octubre de 1934 no resultó ser ninguna sorpresa para el *Times*. La sublevación, acompañada por una huelga general, y la declaración de la independencia catalana (precipitadas por la incorporación al gobierno radical de tres ministros de la CEDA), confirmó para el diario inglés el carácter antidemocrático de la izquierda española, aún cuando esta última se proclamaba defensora de la República ante el «fascismo». El *Times* comentaría el 8 de octubre que «lo que el presidente de la república y el Señor Lerroux tuvieron que confrontar el fin de semana anterior no fue el llanto de una democracia suprimida, sino el intento de derrocar un gobierno mayoritario en nombre de los intereses de una dictadura de izquierda»⁸¹. El *Times* rechazó en numerosas ocasiones la noción de que España se encontraba amenazada por un retorno al fascismo o al estado monárquico. El diario señaló que «los partidos monárquicos o tradicionalistas en conjunto formaban un mero quinto de las fuerzas derechistas». Además, se abusaba de la palabra «fascista» al ser empleada por los revolucionarios para referirse a una variedad de posturas y teorías⁸². En otras palabras, el intento de la izquierda de definir el conflicto como una batalla contra la dictadura y la tiranía era en realidad «la rebelión de una minoría, representada por una quinta parte de las Cortes, en contra de un gobierno representante de una mayoría parlamentaria elegida libremente»⁸³. Por lo tanto, el triunfo de «la causa democrática y constitucional sobre los partidarios de izquierda y sus aliados catalanes «representaba una bendición para el pueblo español»⁸⁴.

Desde luego, los problemas de España resultaron ser para el diario inglés culpa de la supuesta izquierda revolucionaria. Inmediatamente después de la rebelión de octubre, el *Times* expresó la esperanza de que la alianza Radical-cedista, animada por su triunfo, gobernara el país en nombre del interés común. El *Times* señaló, por ejemplo, que «con el

⁸⁰ «Agitation in Spain», *Times*, 17 de setiembre, 1934, pág. 11.

⁸¹ «Majority Rule in Spain», *Times*, 8 de octubre, 1934, pág. 15.

⁸² *Ibid.*

⁸³ «The Spanish Rebellion», *Times*, 18 de octubre, 1934, pág. 13.

⁸⁴ «Majority Rule in Spain», *Times*, 8 de octubre, 1934, pág. 15.

nuevo gobierno las libertades democráticas serían aseguradas mucho más que cuando reinaban los socialistas en las Cortes», y declaró su confianza en la fidelidad de Gil Robles hacia la República⁸⁵. El *Times* observó que «ya que por primera vez desde las últimas elecciones el gobierno español tiene una mayoría propia en las Cortes, sería apropiado que los triunfadores resistieran la satisfacción de sus deseos partidarios a costa de los vencidos»⁸⁶. Como comprueba esta cita, sin embargo, la práctica del buen gobierno requiere una variedad de elementos importantes —la necesidad de una postura moderada sería sólo uno de ellos—. Era igualmente necesario enfrentarse a los problemas de la pobreza rural y la escualidez urbana. Como fue observado por el *Times*, «en corto tiempo el marxismo se reorganizará a menos que el gobierno se disponga a una mayor justicia social»⁸⁷. Para efectuar tales cambios, sin embargo, se necesitaba la cooperación mutua entre el partido Radical y la CEDA, dos partidos con «diferencias respecto a la visión social y religiosa», además de la habilidad de Gil Robles en atender a las divisiones partidarias de su propia coalición⁸⁸. Logradas las condiciones de más tolerancia «y una disposición al compromiso político hasta ahora no divulgado por los partidos españoles» el *Times* estaba dispuesto a albergar cierto optimismo en cuanto al futuro de España: «El Gobierno y las Cortes tienen la oportunidad y, esperamos, la voluntad de realizar una democracia parlamentaria en España»⁸⁹.

Estas metas liberales, sin embargo, desaparecieron rápidamente. Durante el año del gobierno Radical-cedista inmediatamente después de la rebelión, el *Times* fue testigo del desvanecimiento de todas las condiciones necesarias para una «justificación» de la democracia en España. Los preceptos de tolerancia y continencia fueron abandonados «por aquellos más preocupados en castigar el marxismo y el regionalismo que en conciliarse con los adversarios políticos»⁹⁰. La derecha clamaba por una venganza contra los izquierdistas, «persiguiéndolos con un rencor que en torno provocaba cierta amargura»⁹¹. Mientras tanto, el intento de deshacer

⁸⁵ *Ibid.*, Véase también, «Prospects in Spain-The Rebellion and After», *Times*, 3 de noviembre, 1934, pág. 11.

⁸⁶ *Ibid.* Como se comentaría en otro artículo, «podrán haber resultados positivos cuando los políticos españoles aprendan el arte de la diplomacia en vez de imponer sus ideas sobre aquéllos no tan numerosos». («The Spanish Rebellion», *Times*, 18 de octubre, 1934, pág. 13).

⁸⁷ «Prospects in Spain-The Rebellion and After», *Times*, 3 de noviembre, 1934, pág. 11; véase también «Spain after the Outbreak», *Times*, 12 de noviembre, 1934, pág. 15.

⁸⁸ «Spain after the Outbreak», *Times*, 12 de noviembre, 1934, pág. 15.

⁸⁹ *Ibid.*

⁹⁰ «Government in Spain», *Times*, 5 de abril, 1935, pág. 17.

⁹¹ «Uncertainties in Spain», *Times*, 27 de julio, 1935, pág. 13.

el programa del régimen de Azaña, además de las tensiones entre los dos partidos, impidió al gobierno Radical-cedista efectuar un «programa de reforma social» adecuado. «En una tierra donde la pobreza y el retraso claman por la reforma y la reconstrucción, la energía política se desgasta en acosar a diferentes facciones»⁹². La insistencia de la CEDA en cambiar la constitución, aunque justificado desde el punto de vista del periódico y autorizado por la propia constitución, impulsó a la izquierda hacia una repetición de la rebelión de octubre⁹³. Como fue observado por el *Times* continuamente desde la fracasada rebelión, «La izquierda sobrevivió al desastre de octubre sin quebrar su espíritu o su organización». El «espíritu revolucionario» se alentaba por el deseo de la venganza⁹⁴.

Es cierto que durante este período el *Times* mantuvo su confianza relativa en el apoyo de la derecha hacia la República, descontando hasta 1935 toda amenaza general antidemocrática menos la de un posible segmento militante insignificativo⁹⁵. Como prueba el *Times* estaba dispuesto a aceptar las palabras de Gil Robles y sus intenciones de defender la República, notando a la vez que la participación de la CEDA en el gobierno «debería implicar que la coalición católica acepte la República»⁹⁶. En la primavera de 1935 el periódico publicó que «los monárquicos no representan ningún peligro para la República»,⁹⁷ y en vísperas del 36 declaró que «afortunadamente el fascismo en España ha adelantado muy poco»⁹⁸. Con respecto a esta última observación, el *Times* no se había equivocado, ya que, no obstante las proclamas que surgieron en el momento o a partir de entonces, la lealtad española por el fascismo o el comunismo reflejaban un mínimo interés⁹⁹. Aunque el *Times* exhibía la tendencia de reducir hasta el mínimo el carácter antidemocrático de los sectores más tradicionales de la derecha, su análisis de la falta de una amenaza fascista significativa correspondía a la realidad del momento.

⁹² «Gridlock in Spain», *Times*, 2 de octubre, 1934, pág. 11.

⁹³ Véase, por ejemplo, «Uncertainties in Spain», *Times*, 27 de julio, 1935, pág. 13, y «The Struggle in Spain», *Times*, 8 de agosto, 1935, pág. 11.

⁹⁴ «Uncertainties in Spain», *Times*, 27 de julio, 1935, pág. 13; «The Struggle in Spain», *Times*, 8 de agosto, 1935, pág. 11. El *Times* había prestado atención a las fuerzas revolucionarias de la izquierda desde el primer día de su derrota en Asturias. Véase, por ejemplo, «The Communist Front», *Times*, 19 de octubre, 1934, pág. 15.

⁹⁵ El cometido democrático de la izquierda y derecha ha dado a luz muchos debates. Véase JUAN LUIZ, *From Hopes to Civil War: The Breakdown of Democracy in Spain*, contenido en *The Breakdown of Democratic Regimes: Europe* (Baltimore, 1978).

⁹⁶ «Prospects in Spain», *Times*, 3 de noviembre, 1934, pág. 11.

⁹⁷ «The Republic in Spain-Four Difficult Years», *Times*, 13 de abril, 1935, pág. 11.

⁹⁸ «Storm-Clouds over Spain», *Times*, 6 de diciembre, 1935, p.15.

⁹⁹ Véase STANLEY PAYNE, *Falange: A History of Spanish Fascism* (Stanford, 1961) and PAYNE, «Spanish Fascism in Comparative Perspective», en *Reappraisals of Fascism*, ed. Henry A. Turner (Nueva York, 1975).

Si la derecha no constituía desde la perspectiva del *Times* una amenaza tan abiertamente peligrosa y universal como la de la izquierda revolucionaria, no obstante su fracaso en ejecutar las normas parlamentarias resultó ser perjudicial para el futuro de un gobierno estable en España. El *Times* afirmó en varias ocasiones que antes de la revolución de octubre «las acciones irritantes de los partidos de centro y derecha» provocaron y contribuyeron a la radicalización de la izquierda, y de los socialistas en particular ¹⁰⁰. El *Times* añadió que la mayoría de los españoles, inclusive los derechistas, se caracterizaba por «una mentalidad medieval en cuanto a la tolerancia política», ya que las fuerzas conservadoras eran culpables de «las mismas formas de persecución» que ellos padecieron cuando estaban fuera del poder ¹⁰¹. Este motivo familiar del «retraso de España» preocupaba al *Times*, y se comentó de la siguiente manera:

Existen varias razones para afirmar que el pueblo español todavía carece de una conciencia política que conduzca a la democracia, ya que ésta depende mayormente de un sentido político educado. Los españoles siguen siendo analfabetos, la violencia se considera un arma del poder, y no existe el respeto por las opiniones ajenas. Para el funcionamiento de una constitución debe existir un diálogo, una cualidad todavía en escasez ¹⁰².

Mientras que la polarización de las fuerzas de izquierda y derecha se solidificaba, el sentimiento moderado y racional disminuía rápidamente hasta hallarse en la tierra incógnita del centro político. Aludiendo a la posibilidad de una guerra civil, el *Times* escribió en el otoño de 1935 que «las cosas han llegado a tal nivel que el destino de la República y de la propia España depende del grado de tolerancia que el pueblo decida cultivar» ¹⁰³. Este hecho, sin embargo, no parecía ser posible. Recapitulando el fracaso del impulso liberal en España desde la expulsión de Napoleón hasta su momento actual, el *Times* observó que «existe algo en la mentalidad española que resiste la reforma aunque anhela el cambio». Cualquiera que sea la razón, la España de los años treinta estaba al borde de un desastre político. A finales de 1935, la conducta de la izquierda y la derecha divulgaba para el *Times* «una falta de espíritu parlamentario en un pueblo que supuestamente es parlamentario». No obstante la ingenuidad de estos comentarios, el *Times* se encontraba dispuesto a reconocer con

¹⁰⁰ «Agitation in Spain», *Times*, 17 de septiembre, 1934, pág. 13. Véase también, «Agitation in Spain-The Threat from the Left», *Times*, 23 de agosto, 1934, pág. 9.

¹⁰¹ *Ibid.* Véase también «The Struggle in Spain», *Times*, 8 de agosto, 1935, pág. 11: «Los grupos parlamentarios son sorprendentemente intolerantes, aunque estén compuestos de individuos respetuosos y despreocupados.»

¹⁰² «Tension in Spain», *Times*, 2 de octubre, 1935, pág. 13.

¹⁰³ «The Republic in Spain-Four Difficult Years», *Times*, 13 de abril 1935, pág. 11.

cierto grado de certeza el encogimiento de la opción democrática en España. Mientras que ambos lados se ajustaban para las elecciones de 1936, el *Times* mantuvo la esperanza de que los valores democráticos se preservarían de algún modo, reconociendo a la vez los límites de sus expectativas teniendo en cuenta el realismo político ¹⁰⁴.

PRESAGIOS DE LA GUERRA CIVIL

La trama de los últimos meses de la segunda república española asume un tono trágico, caracterizado por la intolerancia, la desesperación, el odio y la venganza. Este período marcó para el *Times* la culminación de un proceso que el diario anglosajón había temido y predicho a la vez desde la muerte de Alfonso XIII. Después de virar hacia la izquierda durante los primeros dos años, la revolución de abril de 1931 no logró estabilizarse. Con el triunfo electoral del Frente Popular en febrero de 1936, la revolución volvió a girar, según el *Times*, en la dirección errónea, esta vez con consecuencias peligrosas. El *Times* comentó que «cualquiera que sea el resultado, no hay nadie en este país que no le desee lo mejor a España», aunque la noticia del triunfo electoral fuera recibido con un mal presentimiento. La imploración por el espíritu de tolerancia con que había concluido ese mismo artículo asumió un tono forzado, demostrando los límites de la imaginación liberal:

España no necesita más que la voluntad para efectuar la democracia que después de tanto esfuerzo ha concebido. Si la minoría llegara a aceptar los deseos de la mayoría por el momento, y la mayoría respetara los derechos minoritarios —si, en otras palabras, los españoles pusieran a España antes de sus lealtades partidarias— se exhibiría un futuro optimista para el país ¹⁰⁵.

El *Times* concedía que esta propuesta era pedir demasiado, teniendo en cuenta la evolución de la segunda República. No obstante el deseo genuino de que en España funcionara la democracia a través de medidas moderadas, la inevitable marcha histórica y la lógica de sus propia categorías obligaron al *Times* abandonar sus expectativas.

En realidad, existían pocas garantías de que el Frente Popular «respetara los derechos minoritarios». Según el *Times*, varios elementos conspiraron contra esta posibilidad, entre ellos la ilegitimidad e «izquierdización» de las primeras Cortes, la resistencia partidaria de la izquierda a transferir

¹⁰⁴ «Storm-Clouds Over Spain», *Times*, 6 de diciembre, 1935, pág. 15.

¹⁰⁵ «A Left Turn in Spain», *Times*, 18 de febrero, 1936, pág. 15.

el poder a la derecha en 1934 y la radicalización consiguiente del partido socialista. El *Times* admitió tener muy pocas ilusiones en cuanto a la habilidad del Frente Popular en establecer la armonía social, describiendo esta coalición a principios de enero como una «acompañada por el marxismo», «un “frente proletario” de comunistas, socialistas, y sindicalistas, que obviamente desean enraizar una dictadura de izquierda»¹⁰⁶. Comentando acerca de las elecciones, el *Times* concluyó que «sin duda el triunfo electoral ha facilitado la posibilidad de una dictadura proletaria»¹⁰⁷.

Si estas observaciones contradecían la esperanza de que la «mayoría» respetara los derechos de la minoría, existía poca evidencia de que, a su vez, los minoritarios respetaran los deseos del otro grupo. De manera similar a la unificación de la izquierda en la lucha contra el «fascismo», las fuerzas derechistas se movilizaron en su oposición contra el «marxismo». El resultado, según diría *Times* en vísperas de las elecciones, «era la nación española dividida en dos campos, cada uno determinado en destruir al otro». Mientras que los socialistas amenazaban con la violencia tras un triunfo electoral del otro campo, éste, en contrapartida, «salvaría a España con armamentos más efectivos que hojas de papel»¹⁰⁸. Las dos opciones resultaron ser indeseables.

Con este trasfondo, los deseos del *Times* después del voto general resultaron ser poco más que una esperanza, sincera sin duda alguna, pero un sentimiento apoyado con poca confianza. Los acontecimientos no permitían ninguna ambigüedad. Con Azaña al mando del poder una vez más, la situación española aparentó ser para el *Times* una repetición del período 1931-33. Una izquierda fortalecida podría arrojar el país al infierno revolucionario. Si Azaña no lograba contener las fuerzas extremistas, la posibilidad de un gobierno bolchevique o dictatorial se hacía más real e inminente. Después de la sublevación de Llobregat en 1932, el *Times* afirmó que si Azaña fallaba, «el país tendría que retroceder a la dictadura o proceder por una etapa caótica, posiblemente con una guerra civil, hacia el bolchevismo. Estas son las únicas alternativas existentes para el sistema actual»¹⁰⁹. En la opinión del *Times*, el dilema era esencialmente igual en 1936.

Como es sabido, las fuerzas extremistas en su momento resultaron ser imparables para Azaña, o tal vez para cualquiera en su posición. Aunque

¹⁰⁶ «Uncensored Spain», *Times*, 11 de enero, 1936, pág. 13.

¹⁰⁷ «Agitated Spain-The Chances of Revolution-Marxism and its Camp Followers», *Times*, 2 de abril, 1936, pág. 15.

¹⁰⁸ «Vital Issues in Spain-Tomorrow's Poll», *Times*, 15 de febrero, 1936, pág. 11.

¹⁰⁹ «Authority in Spain», *Times*, 27 de enero, 1932, pág. 11.

la derecha política fue la que hundió al país en la vorágine del caos, al *Times* le cabía poca duda de que los «Reds» estaban a punto de actuar de la misma manera. En el diario se repetían «la falta de disciplina» del proletariado y la práctica de manifestaciones, violencia, y las maniobras de las milicias de izquierda ¹¹⁰. En medio de este desorden, y de la amenaza y postura asumida por la izquierda, lo cual le hacía recordar al *Times* el estado de Rusia en 1917 ¹¹¹, la rebelión de los generales el 17 de julio no adquirió el nivel de sorpresa. «Los patriotas» accedieron «a la tentación de 'salvar a España' con armas más fuertes que el papel».

Visto en términos de las categorías que habían guiado al *Times* en su observación de España desde la caída de Primo de Rivera, la Rebelión de los Generales por lo tanto fue producto natural de una revolución que no supo contener la corriente hacia los extremos y de una sociedad que insistía en evadir la tolerancia política. Sin justificar la llegada de Franco al conflicto, el *Times* lo consideró como una de dos opciones igualmente desagradables. Para el 17 de julio la revolución, según el *Times*, era inminente ¹¹². Así empezaría «la época de los dictadores». El destino de España parecía estar vinculado a la tiranía, de forma reaccionaria-militar o revolucionaria militante ¹¹³. Ante la expectativa de un futuro sombrío en España, asumió un tono pesimista. Como concluiría el *Times* con la actitud de un liberal desilusionado:

Lo que es suficientemente claro para aquéllos dentro y fuera de España es que la posibilidad de un compromiso entre los fundamentos de izquierda y derecha se ha hecho pedazos, y que tal compromiso hubiera sido la única esperanza para un gobierno democrático. España tiene una variedad de problemas económicos, sociales, y religiosos en espera de resolver, y es difícil saber cómo resolverlos sin un esfuerzo unido. Es aún más difícil discernir la posibilidad de tal esfuerzo ¹¹⁴.

CONCLUSIÓN

José Ortega y Gasset, como hemos señalado al principio de este ensayo, observó que la mera *cantidad* de información recibida por un pueblo

¹¹⁰ El *Times* submitió artículos a diario en cuanto a la extrema izquierda. Como ejemplos, véase el reportaje de 1936 en «Spanish Left Front» (2 de marzo, pág. 13), «Destinies of Spain» (4 de marzo, pág. 11), «Agitated Spain» (2 de abril, pág. 15), y «A Variety of Reds» (11 de mayo, pág. 11).

¹¹¹ *Ibid.*

¹¹² Para más información, véase «The Spanish Climax-A Massacre of Ideas», *Times*, 21 de julio, 1936, pág. 15.

¹¹³ «The Spanish Tragedy», *Times*, 29 de julio, 1936, pág. 13.

¹¹⁴ «Stricken Spain», *Times*, 21 de julio, 1936, pág. 15.

extranjero sobre los hechos internos de otro podría llegar a ser dañino. Ortega expuso retóricamente: «¿Cómo va a ser fácil persuadir al hombre inglés de que no está informado sobre el fenómeno histórico que es la guerra civil española u otra emergencia análoga?» Ortega continuó:

Sabe que los periódicos ingleses gastan sumas fortísimas en sostener corresponsales de todos los países. Sabe que, aunque entre esos corresponsales no pocos ejercen su oficio de manera apasionada y partidista, hay muchos otros cuya imparcialidad es incuestionable y cuya pulcritud en transmitir datos exactos no es fácil de superar. Todo esto es verdad y, porque lo es, resulta muy peligroso ¹¹⁵.

El punto de Ortega había sido destacar la necesidad de una perspectiva histórica para entender la recepción de datos, no obstante la exactitud o cantidad de éstos. En un momento Ortega alude a un corresponsal inglés contemporáneo que había interpretado los acontecimientos en Cataluña como el producto de la influencia mora, aún cuando le sobraban detalles «minúsculos» y «precisos» sobre los eventos allí destacados. Cualquiera que sea su laboriosidad y objetividad, «es por completo incapaz de informar sobre la realidad de la vida española», dijo Ortega ¹¹⁶. En términos similares, la estrategia del pacifismo inglés también sugiere que los estadistas y corresponsales británicos miraban los acontecimientos en el Continente a través de una «lente» que no permitía entender adecuadamente los hechos contemporáneos. Para Ortega, esta «lente» estaba construída por una suerte de liberalismo ingenuo. Ortega favorecía una doctrina reconcebida, un liberalismo «purificado» al enfrentarse a la realidad horrorosa del totalitarismo, pero mientras tanto advertía que el hombre inglés debía «admitir la hipótesis de que está mucho menos informado de lo que suele creer» ¹¹⁷.

Ortega, claro, escribió durante el estallido de la guerra civil. Su ensayo refleja una consternación con los comentarios propagandísticos que surgieron en Occidente después de la Rebelión de los Generales. Sin embargo, sus observaciones también proveen una visión de los hechos en España tal y como fueron concebidos en Inglaterra *antes* del verano de 1936. Por lo menos en el caso del *Times*, la ideología liberal falló en cierto modo como método conceptual para el entendimiento del alboroto político en la España de los 30. Los elementos formativos de una evaluación liberal de la práctica política —los ideales de tolerancia, pragma-

¹¹⁵ ORTEGA Y GASSET, «En cuanto al pacifismo», pág. 305.

¹¹⁶ *Ibid.*, pág. 305.

¹¹⁷ *Ibid.*, pág. 305, pág. 310.

tismo, acuerdo político, responsabilidad cívica, y la importancia de la ley— carecían de los fundamentos para entender apropiadamente las batallas ideológicas del período. El concepto «liberal» de la revolución adoptado por el periódico, que predecía la posibilidad de que los acontecimientos del 14 de abril de 1931, siguieran una trayectoria hacia la izquierda, cegó al *Times* y su público ante ciertos elementos de la república: las fuerzas derechistas que a su vez «empujaron» hacia el extremo mientras que la izquierda «tiraba» en su propia dirección. Subestimando el impulso antidemocrático yacente en un lado de la frontera política (es decir, de la derecha), el *Times* valoró en cambio la fuerza y coherencia del otro lado, dando una impresión engañosa de solidaridad. Aunque esto les facilitase a los partidarios de Franco en Inglaterra y otros lugares la concepción de la guerra como una cruzada contra los «Reds», no es difícil detectar ecos de tal reduccionismo en la consiguiente posición de la izquierda. El aturdimiento de Orwell al llegar a Barcelona en 1936, al enfrentarse al «calidoscopio de partidos políticos y sindicatos», refleja sin duda la falta general de una comprensión acerca de las divisiones internas y partidarias de la España Leal ¹¹⁸.

Aunque el reportaje del *Times* haya contribuido posiblemente a la formación de conceptos distorsionados en las mentes de su público lector, también es cierto que su reportaje anterior a la guerra civil contradecía posteriores alabanzas. Después de haber observado detalladamente los sucesos de la Segunda República, el *Times*, por su parte, ejerció «el derecho de juzgar los acontecimientos en España», llegando a la conclusión de que la lucha trágica consistía en dos adversarios igualmente comprometidos. Aunque muchos, en el momento y después, no estarían de acuerdo con esta caracterización del conflicto en España, ni con el apoyo del *Times* a la política no intervencionista adoptada por los Aliados, la realidad sigue siendo que el *Times* actuaba como una fuente de sólida información acerca de las causas de la guerra civil. No obstante las limitaciones de la perspectiva del *Times*, cualquier lector durante la década de los treinta podría saber ya para comienzos del conflicto que España no representaba una cruzada del bien contra el mal; ni tampoco que, dada la radicalización de los socialistas y la revolución de octubre de 1934, fuera el Frente Popular verdadero defensor de la democracia. Tampoco podría admitirse que, no obstante el apoyo prestado a Franco por parte de Mussolini y Hitler, en España el «fascismo» en sí fuera una gota en el mar ideológico donde

¹¹⁸ ORWELL, *Homage to Catalonia*, pág. 47.

fluían una variedad de formas autóctonas, religiosas, tradicionales, o de otro tipo. En términos más simples, la guerra civil española fue un acontecimiento mucho más complejo de lo que la mayoría de los intelectuales europeos estaban dispuestos a imaginarse. El reconocimiento de esta complejidad estuvo disponible antes del estallido de las hostilidades, como este estudio sobre el *Times* ha intentado mostrar.

Esto no implica que no existiera ninguna justificación moral y genuina para apoyar a los Leales. Sin duda, en un mundo tan complejo y turbulento como la década de los treinta, tal no podría haber sido el caso. La pregunta que se cierne hasta el presente es si tantos intelectuales occidentales exhibían ignorancia o malicia al ver la guerra como una batalla entre el bien y el mal. Obviamente, esta cuestión no puede ser resuelta en un estudio limitado como el nuestro, pero sí sugiere la importancia de una continua exploración del conocimiento del resto de Occidente con respecto a España.